

EL COLEGIO APOSTÓLICO SAN FRANCISCO JAVIER

Valerico J. Imsant SVD

Entre nuestras casas de formación en Argentina, ninguna otra reviste la importancia del Colegio Apostólico San Francisco Javier de Rafael Calzada, por más de un motivo. Primero, porque fue el primer centro de formación de misioneros *ad gentes* no sólo de Argentina, sino de toda América, lo cual no es poco decir. Segundo, porque en el transcurso de seis décadas, egresaron del mismo más de trescientos misioneros verbitas entre sacerdotes y Hermanos. Tercero, porque durante largos años fue la casa central de la Congregación en Argentina y su única casa de formación en el país. Creemos que esta causales ameritan que nos ocupemos un poco más detalladamente de dicha casa y le dediquemos un capítulo especial.

La etapa de Buenos Aires

De hecho, su historia no comienza en Rafael Calzada, sino en la ciudad de Buenos Aires, donde, en marzo de 1914, comenzó a funcionar el seminario de la SVD junto al templo del Espíritu Santo, con nueve alumnos cuyo Prefecto era el P. Santiago Lichius.

No deja de sorprendernos un poco que tan sólo a 25 años de llegar al país, la Congregación abriera su primera casa de formación, aunque consta que la idea de hacerlo ya estaba en la mente de nuestros misioneros desde muy temprano. En 1892, el P. Becher, que entrevió las buenas perspectivas de vocaciones religiosas en las colonias de inmigrantes, ya escribía al Fundador, que pensaba “edificar, en el transcurso de este año, en medio de las colonias ruso-alemanas de Entre Ríos, una residencia sacerdotal con un pequeño seminario para niños alemanes que tengan vocación para nuestra Congregación”.¹ Años después, volvió a mencionarse el tema, cuando en Crespo hubo oportunidad de adquirir una importante fracción de tierra. En esa ocasión se habló, incluso, de una casa de formación para jóvenes, “no solamente de Argentina, sino también de otros países sudamericanos de habla española”.² No sabemos, sin embargo, por qué motivos no se concretaron esas iniciativas. Entre tanto, algunos aspirantes que se presentaron para ingresar a la Congregación, tanto en colonias germanoparlantes de Santa Fe como de Entre Ríos, fueron enviados a Europa para cursar sus estudios. Este traslado involucraba serios inconvenientes y las escasas experiencias que se realizaron fueron poco alentadoras y más bien negativas. Por eso, cuando en 1913 llegó el P. Juan Bodems para realizar su segunda Visita General, ya eran numerosos los cohermanos que reclamaban la apertura de un jovenado en el país. También el Generalato lo consideraba impostergable. “Como la Santa Sede –le había confiado el P. General Blum al Visitador- nos viene confiando siempre nuevas misiones, pronto no tendremos a quién enviar a la Argentina; urge, pues, proveerla de sacerdotes del propio país.”³ La casa de formación fue, pues, un tema prioritario de la Visita General de ese año y, al finalizar la misma, el 15 de agosto, Bodems manifestaba con satisfacción en una circular: “Lleno de alegría les comunico que la apertura de un jovenado y de un noviciado para Hermanos SVD de Argentina y Chile, es cosa decidida. Mayores referencias al respecto serán dadas a conocer próximamente.”⁴

¹ ARCH. DEL GENERALATO SVD. Roma. Carta del P. Becher al P. Arnoldo, desde María Luisa (Entre Ríos), del 18 de junio de 1892. 55967. Cit. En ALT svd, Josef: *Arnold Janssen SVD. Briefe nach Südamerika* Band I 1890-1899. Romae. Analecta SVD-65/I S. LVII.

² Ibidem. Carta del P. Becher al P. Arnoldo desde Crespo, del 19 de julio de 1899. 55989-992. Cit. En ALT, Josef: *Arnold Janssen SVD. Briefe....S. LVIII.*

³ *Los Verbitas. 75 Años en la Argentina. 1889-1964.* Bs. As. 1964. Pág. 35.

⁴ ARCH. DEL COL. APOST. S. FRANCISCO JAVIER. Rafael Calzada. *Chronik des Juvenates SVD in Argentinien.* Fl. 3.

El 5 de noviembre, en el N° 45 de la revista *Der Argentinischer Volksfreund*, se publicó un artículo bajo el título: “Una palabra a los padres cristianos”, en el que se informaba a los lectores de la próxima apertura de la casa de formación misionera y se instaba a los padres de familia a ser generosos con Dios en caso de que se dignara llamar a uno de sus hijos a la vida religiosa.

Se determinó que el jovenado funcionaría en Buenos Aires. Por de pronto, servirían para tal fin las instalaciones correspondientes al edificio recientemente construido junto al templo del Espíritu Santo, sobre las calles Medrano y Paraguay, donde acababa de trasladarse la comunidad verbita de la Capital Federal.

A partir de enero de 1914, comenzaron los preparativos inmediatos de infraestructura y equipamiento de la casa para recibir a los alumnos. Se completó la instalación eléctrica, se adquirieron pupitres, se dividió en celdas el dormitorio, se compraron libros de texto, se trazó el plan de estudios, se acondicionó el patio y se instaló una biblioteca. En una nota de fecha 20 de febrero, el Generalato manifestó su conformidad con que el jovenado fuera puesto bajo la protección del insigne misionero San Francisco Javier, a quien acababa de dedicarse también la nueva casa verbita de Driburg, en Alemania.⁵

El 1 de marzo llegaron los primeros alumnos, cuyo número se completó dos días después. Eran nueve en total: Santiago Keiner, Matías Rohr, Enrique Ederle, Guillermo Sokolowski, Juan Salzmann, Martín Schönfeld, Elías Zurbriggen, Emilio Jullier y Santiago Meier. Los cuatro primeros procedían del Seminario de Paraná, que la SVD había dirigido desde 1899 hasta finalizar, precisamente, el año 1913. Se hallaban a diversa altura de sus estudios: uno cursaba el quinto año de latinidad; dos el cuarto, y uno, el segundo. Los demás, venidos directamente de sus hogares, integraron el primer curso de latinidad o de humanidades.

Al día siguiente del arribo de los últimos alumnos, el miércoles 4 de marzo, a las 18,15 hs., con el canto del *Veni Creator*, comenzó una jornada de retiro espiritual bajo la dirección del Prefecto Lichius. El viernes 6, finalizado el retiro, a las ocho de la mañana, sin mayores preámbulos, comenzaron las clases. Cuatro eran los sacerdotes directamente afectados a los nueve aspirantes: el Rector de la comunidad, P. Miguel Colling; el Prefecto de los alumnos, P. Santiago Lichius –último Rector del Seminario de Paraná–, y los PP. Juan Neunhofen y Alberto Schomer como profesores. Pese al exiguo número de alumnos y al agravante de su distribución en cuatro cursos, la enseñanza se impartió con meticulosa responsabilidad, de acuerdo a los planes generalmente vigentes en nuestros jovenados de Europa. La meta de la preparación académica era, precisamente, poner a nuestros estudiantes al mismo nivel de formación que los de nuestros jovenados europeos y capacitarlos de tal manera que, concluidos sus estudios de latinidad, pudieran encarar con éxito los de filosofía y teología.

La jornada diaria comenzaba para los muchachos a las 5,40 hs. A las 6,00 se rezaba la oración de mañana y a continuación se participaba de la Eucaristía. En el transcurso de la mañana se dictaban tres clases de 50 minutos cada una. A la tarde, otras dos de 40 minutos. De las 17, 00 hs. en adelante, dedicaban el tiempo al estudio para preparar las clases del día siguiente. El año escolar comenzaba con la primera semana de marzo y finalizaba entre el 10 y el 15 de diciembre con los exámenes. Las clases se dictaban de lunes a sábado, a excepción del jueves que era día libre. A menudo se programaba para este día una excursión. Los lugares más frecuentados en tales ocasiones eran: la zona de Palermo con el zoológico y el botánico; el puerto y la estación de Retiro con la torre de los ingleses, desde cuya altura admiraban la ciudad y el río. Cada año las crónicas refieren también una visita a los Padres Blancos, que tenían un notable museo misional con objetos del África.⁶ Tampoco faltaban visitas a distintas iglesias de

⁵ Ibidem. Legajo: “Apéndice documental de *Chronik des Juvenates SVD in Argentinien*. Doc 10.

⁶ Del jovenado y casa de formación San Francisco Javier se conservan dos crónicas. Una, titulada *Chronik des Juvenates SVD in Argentinien*, está escrita en alemán y fue redactada por los sacerdotes encargados de la formación de los alumnos. Su redacción se interrumpe en julio de 1921 y se reanuda en octubre de 1924; pero, a partir de

la ciudad. Los cementerios de la Recoleta y de la Chacarita –en este último yacían los restos de varios verbitas- eran otros puntos visitados a lo largo del año. De tanto en tanto, se nos da cuenta de alguna peregrinación a Luján.

Tras el esfuerzo prolongado y sostenido del año escolar, las vacaciones eran esperadas con ansiedad. De acuerdo a una costumbre vigente en todos nuestros jovenados de aquella época, los alumnos pasaban con sus familias sólo una parte de estas vacaciones. Generalmente se trataba de un lapso de tres semanas a un mes. El resto lo pasaban en el mismo seminario. El horario en este tiempo, no se diferenciaba mucho del que regía durante el año escolar. Los muchachos seguían madrugando como siempre. La hora del almuerzo y de la cena no variaba, y a las 20,10 se rezaba la oración de noche. La gran diferencia quedaba marcada por la falta de clases, que eran reemplazadas por la práctica de deportes y algún estudio de los llamados *libres*. Se daba esta denominación a un lapso durante el cual los alumnos debían permanecer en la sala de estudios, ocupados en lecturas, en su correspondencia, en dibujar, o en cualquier otro entretenimiento de esta índole.

En relación a los deportes, la *Crónica* nos informa que los preferidos eran: el de la pelota, las bochas y el cróquet. El espacio para la recreación era reducido. La edificación, aparte de la iglesia, sólo alcanzaba, sobre la calle Paraguay, hasta lo que hoy ocupa el pabellón transversal que va desde esta calle a la de Mansilla; pero, todo el terreno restante se repartía entre el patio de juegos, un jardín, una huerta y un gallinero. Sin embargo, en esos primeros tiempos, lo que más lamentaban no era la falta de espacio, sino la ausencia de árboles que con su sombra mitigaran los abrasadores rayos del sol de verano. “Juegos los hay de sobra –anotaba el cronista-. Sombra, esa sí que nos hace falta. La esperamos de esos arbolitos cuando sean un poco más crecidos; pero, amigo mío, ¿cuándo vendrá el dichoso tiempo en que podremos orearnos en ella?”

Los comienzos en Calzada

Que el funcionamiento del seminario en el barrio de Palermo era provisorio ya lo había anunciado el P. Provincial Löcken en una circular de agosto de ese mismo año 1913. En virtud de esta determinación y de la necesidad de hallar espacio para un número siempre creciente de aspirantes, los responsables se dedicaron a buscar un lugar donde ubicar definitivamente la casa de formación. Se pretendía hallar un predio fuera del radio de la Capital, pero no demasiado distante, y con fácil acceso a la misma. Se presentaron varias ofertas. Las Actas del Consejo Provincial hacen mención de una propiedad en Ezeiza, otra en Haedo y una tercera en Villa Calzada. Después de muchas idas y venidas, consultas y análisis, los superiores se decidieron por el inmueble de Calzada. Se trataba de un terreno de casi 17 hectáreas con casa, galpón, molino de viento y tanque australiano, ubicado en el partido de Almirante Brown, sobre la línea del Ferrocarril Sud –hoy Ferrocarril Roca-, en la localidad denominada entonces Villa Calzada, a 22 kilómetros de la Capital Federal. Era una finca perteneciente al Sr. Eusebio Cañellas Casas, comprendida entre las calles San Martín y Jorge. El 27 de julio de 1917, se firmó la escritura mediante la cual los PP. Federico Vogt y Antonio Ernst, a nombre de la *Missions Druckerei*, adquirieron del Sr. Cañellas el mencionado inmueble, abonando por el mismo la suma de 49.294,98 pesos moneda nacional.

A los diez días de firmado el documento, la finca fue entregada a la Congregación. El 6 de agosto los Hermanos Felipe Schmitz y Jorge Rüttershoff recibieron la orden de trasladarse a la nueva propiedad, hacia donde se dirigieron a la tarde de ese mismo día. En la estación de

entonces, en castellano. Con bastantes claros y lagunas, sigue llevándose en la actualidad. La otra, con el título de *Crónica*, está escrita totalmente en castellano y fue redactada por los mismos alumnos. Consta de dos tomos y llega hasta enero de 1939.

Calzada los esperaba, con la volanta, uno de los peones del Sr. Cañellas, que pasó al servicio de la Congregación. El Hno. Jorge, en un breve relato, nos describe así la llegada a *la quinta*, como entonces se la llamaba: “Encontramos una casa vacía, húmeda y oscura. Solamente quedaban una cocina y un banco. Domingo, el peón, nos facilitó su lámpara a querosén, pues no podíamos deambular toda la noche con los retos de vela que habíamos traído. De los animales, sólo habían quedado tres caballos, un cerdo gordo y tres perros enclenques, de todos los cuales nos hicimos cargo inmediatamente.”⁷ Esa noche, su cena consistió en té con leche y un poco de fiambre que habían traído de la Capital, y la disfrutaron sentados a una mesa improvisada con cajones y tablas. Después, en un cuarto que fue destinado a servir de capilla, rezaron devotamente la oración de noche. “No había en el cuarto más objetos que una lámpara y como único elemento devocional mi cruz de misionero” nos refiere el Hno. Jorge.⁸ En seguida tendieron sus cuerpos cansados en camas improvisadas en el piso y no tardaron en dormirse.

El día 9 de agosto, el P. Provincial Santiago Lichius, revestido de alba y estola, bendijo la casa y, a continuación, celebró la primera misa en aquel lugar. Las semanas siguientes se pasaron en el acarreo de los muebles indispensables y en acondicionamientos de urgencia para poder habitar la casa.

La construcción del nuevo edificio en el predio de Calzada no comenzó hasta enero de 1920. Entre tanto, en el transcurso del año 1918, se construyeron en el sector noreste de la *quinta* unas dependencias –más tarde conocidas con el nombre de *Casa Vieja*- destinadas al alojamiento de los alumnos del jovenado que vinieron a pasar vacaciones en el verano de 1918-1919 y en el siguiente. Se trataba de un edificio de planta baja y primer piso. En aquella se encontraba una capilla, el comedor y una sala de lectura. El primer piso fue destinado a servir de dormitorio.

El 6 de enero de 1920, se colocó la piedra fundamental del nuevo jovenado en una modesta ceremonia presidida por el Provincial Lichius, en la que participaron 18 sacerdotes y Hermanos, los alumnos del jovenado que se hallaban en la *quinta* disfrutando de las vacaciones, y algunos fieles de origen alemán venidos de la Capital.

En la primera etapa fue construido el pabellón del este, con frente sobre San Martín. Del ala central sólo se construyó, en esa oportunidad, la planta baja. El edificio se levantó de acuerdo a los planos trazados por el P. Juan Beckert, arquitecto a quien se debe la mayoría de los proyectos de construcción de la SVD en aquella época, tanto en Europa como en América. Al finalizar el año 1920, se elevaba en el predio adquirido tres años antes, un soberbio pabellón de planta baja y dos pisos, en forma de escuadra, con unos treinta metros, aproximadamente, de frente sobre la calle San Martín y unos cuarenta de flanco, en dirección de sudeste a noroeste; más la planta baja del pabellón central ubicado en la misma dirección y de unos 45 metros de largo, donde se encontraban la cocina y los comedores. Bajo el mismo, en toda su extensión, se cavó un subsuelo con depósitos para el almacenamiento de víveres, una bodega, un local para la factura de embutidos y otras dependencias. El edificio, sin ser gigantesco, resultaba impactante en el marco de la modesta villa.

Faltaba un sinnúmero de detalles para su habilitación; pero, estaba previsto que los alumnos comenzaran el próximo período lectivo en la nueva casa. Al partir de vacaciones a sus casas, se les había dado la orden de dirigirse, a su regreso, directamente a Calzada. De esa manera, a fines de febrero de 1921, el edificio albergaba ya a más de 120 personas entre alumnos, sacerdotes y Hermanos. Como Rector de la nueva comunidad fue designado el P. Juan Neunhofen. El 4 de marzo la vida del Colegio Apostólico entró en el ritmo normal del año escolar con el inicio de las clases.

⁷ ARCH. DEL COL. APOST. S. FCO. JAVIER. *Die Quinta San Javier*. Fl.2 vlt.

Se trata de un manuscrito en alemán, con letra gótica, que consta sólo de cinco folios; cuatro de ellos escritos a doble faz y el quinto, sólo la mitad.

⁸ Ibidem. Fl. 3

En abril comenzó la construcción del pabellón simétrico al primero, sobre las actuales calles San Martín y Lavalle. La obra quedó concluida hacia fin de año. En navidad, con la misa de gallo, se inauguró la nueva capilla, ubicada en el primer piso de ese pabellón. En planta baja, coincidiendo con las dimensiones de la capilla, se encontraba un salón de actos que a la vez servía de comedor para los alumnos. Con la terminación de este pabellón, quedaba concluida la mayor parte del edificio proyectado. Faltaban sólo los dos pisos del ala central y la iglesia, para la que se dejó un espacio entre los dos pabellones del frente.

El 12 de marzo fue elegido como día para la inauguración oficial de la escuela apostólica. No fue una fecha tomada al azar, sino elegida con premeditación por conmemorarse en la misma el tricentenario de la canonización de San Francisco Javier, patrono de la casa. El acto programado fue de una solemnidad inusitada y revela la conciencia que tenían sus organizadores de la importancia que revestía aquella casa para el futuro de la Congregación en nuestro país. “Durante toda nuestra estadía en el jovenado –nos cuenta asombrado el cronista- tanto en la Capital como en Villa Calzada, nunca habíamos festejado una fiesta que podía compararse a ésta.”⁹ La bendición de la casa tuvo lugar a la tarde y estuvo a cargo del obispo de La Plata, Mons. Francisco Alberti y contó con la presencia del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Luis Monteverde, del Dr. Rafael Calzada, de varios diputados nacionales y otras personalidades, además de numeroso público. La crónica de los alumnos nos refiere que “el número de los visitantes ascendía a 2000”.¹⁰ Esta cifra que puede parecer exagerada, no lo debe ser tanto, pues en un artículo publicado en el *Argentinischer Volksfreund*, tres días después del acto, un testigo ocular también estimaba la concurrencia en unas 1500 personas.¹¹

En el mismo acto, también se colocó la piedra fundamental de la futura iglesia, ceremonia en la que actuaron de padrinos, el Gobernador Monteverde, la Sra. Guillermina de Oliveira César de Wilde y su hermano, el Gral. Isaac de Oliveira César.¹²

En esta oportunidad, el P. Provincial Santiago Lichius pronunció un extenso discurso en el que explicó la labor misionera y su obligatoriedad para todo cristiano; el carisma misionero de nuestra Congregación; la necesidad de operarios para la difusión del mensaje evangélico; la participación de nuestro país en el quehacer misionero de la Iglesia; la finalidad e importancia de la escuela apostólica que se inauguraba, y la posibilidad de colaborar con la obra de la Congregación.

El Dr. Calzada, en su obra *Cincuenta Años de América*, estampa el siguiente comentario referente a la inauguración de nuestra casa: “El 12 de marzo del 22, quedó solemnemente inaugurada en Villa Calada, la ya recordada Escuela Apostólica San Javier, preparatoria de predicadores y misioneros, para 200 alumnos, bajo los auspicios del Vaticano, única en su género en Sud-América. Hay muchos seminarios donde se preparan curas; pero donde se eduquen hombres prontos a arrostrar las iras de los salvajes, y hasta el martirio, si el caso llega, predicándoles su fe, aquél es el único en este continente.”¹³

⁹ ARCH. DEL COL. APOST. S. FRCO. JAVIER. R. Calzada. *Crónica*. Libro I 1914-1930. Fl. 178.

¹⁰ Ibidem.

¹¹ *Argentinischer Volksfreund*. Bs. As. 15 de marzo de 1922. Año XXVIII, N° 11, Pág. 5.

¹² No deja de ser interesante señalar que la citada madrina, Sra. Guillermina de Oliveira César de Wilde, era la viuda del Dr. Eduardo Wilde, publicista y Ministro de Instrucción Pública del Presidente Julio A. Roca, amigo íntimo de éste, conocido por la Ley 1420 de Educación Común y Laica y uno de los corifeos del liberalismo en nuestro país. Durante su segunda presidencia (1898-1904), Roca le encomendó la recién creada Legación Argentina ante Bélgica y Holanda, con sede en Bruselas. Tras la muerte de su marido, ocurrida en 1913, Doña Guillermina permaneció en Europa hasta 1920. De regreso a la Argentina, se dedicó a colaborar en obras de caridad y fue cofundadora de la Confederación de Damas de Beneficencia.

¹³ CALZADA, Rafael: *Cincuenta Años de América*. Vol. I Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez. Bs. As. 1926. Pág. 469.

Espacio y comunidad

El total de terreno adquirido originariamente en Calzada, sumaba 17 hectáreas, lo que, según algunos, no era el espacio ideal para una casa misionera al estilo de las europeas. Por eso, con el tiempo, se incorporaron a esa propiedad otros terrenos aledaños: uno de hectárea y media adquirido al Sr. José Mosquera y una finca de cinco hectáreas cuya dueña era la Sra. Catalina Stirling de Cash. Con estas compras, el predio totalizó 23½ hectáreas aproximadamente. Entre tanto, en 1923, se compró otro campo de 93 hectáreas, pocas cuadras más adelante, sobre la misma calle San Martín, en dirección hacia Quilmes, a mano derecha. Era una de las tantas lecherías o tambos que abundaban en la zona. Éste pertenecía a un tal Sr. Jorge Plaut y la Congregación pagó por él la suma de 130.000 pesos. Con ello, el colegio apostólico contaría con un valioso medio de subsistencia como era la tenencia de una granja propia. Por otra parte, la *Quinta San José* como se la denominó –o más simplemente, *La Quinta*–, fue durante largos años, el lugar habitual utilizado por los estudiantes mayores y menores para pasar, de tanto en tanto un día de esparcimiento al aire libre.

A medida que se completaba la propiedad de la escuela apostólica, se distribuían sus espacios entre los patios, las cocheras, los parques, las alamedas, los talleres, la huerta.

En orden a la construcción, se fue completando el proyecto diseñado en su momento para la escuela apostólica. El ala central que había quedado en la planta baja, se completó en 1927 con los dos pisos faltantes y se alargó en cinco metros. Así y todo, a los pocos años, el lugar se volvió estrecho para albergar a toda la comunidad que iba aumentando en forma acelerada. Este incremento se debió, en parte, a una mayor afluencia de aspirantes; pero, sobre todo, a la retención de los estudiantes superiores que ya no eran enviados a Europa para la prosecución de sus estudios de filosofía y teología.

En 1915, ya se había comenzado con el noviciado en Buenos Aires, y allí permaneció hasta 1924, año en que fue trasladado a Calzada. Dos años después, se comenzó aquí mismo con el escolasticado. Todo esto significaba un considerable incremento de la población doméstica. Quienes más incómodos se sintieron por esa situación fueron los novicios, que estaban lejos de gozar de la privacidad y tranquilidad propias del noviciado. Por eso, se pensó buscar para éste un lugar más adecuado. Con tal propósito se realizaron infructuosamente diversas gestiones hasta que, por fin, se dio con una solución simple y, al parecer, ampliamente satisfactoria, casi ideal: instalar el noviciado en Santa Rosa, la finca de cinco hectáreas adquirida a la Sra. Cash. Las principales ventajas que ofrecía esta determinación eran: lo económico de su ejecución, dado que ya se poseía el terreno y parte de la casa; la necesidad de una asignación mínima de personal con dedicación exclusiva, pues la cercanía de la comunidad del colegio apostólico permitía a sus integrantes brindar a los novicios la atención que requerían y, por último, el ambiente de retiro y tranquilidad que proporcionaba a los novicios. En mayo de 1930 comenzaron las tareas de remodelación y ampliación de la casa existente en la antigua finca.

Pocos meses más tarde recomenzaron los trabajos de construcción de la iglesia que, según los planos, debía levantarse entre los dos pabellones del frente, hacia la calle San Martín. Decimos que *recomenzaron* los trabajos por cuanto, en 1921, al construirse el pabellón SO, ya se habían colocado los fundamentos de las columnas y levantado las paredes laterales a más de dos metros y, en el ábside, hasta completar los arcos de los primeros vitrales. Después de casi dos años, la obra había progresado al punto de quedar el templo en condiciones de ser inaugurado. El sábado 10 de junio de 1933, fue consagrado en una larga ceremonia, por el obispo auxiliar de La Plata, Mons. Juan Chimento. Al día siguiente, el Nuncio Apostólico, Mons. Felipe Cortesi, celebró en él un solemne pontifical. La obra, sin embargo, estaba lejos de quedar concluida. Faltaba terminar las torres, colocar el piso de baldosas y revocar el exterior, amén de otros detalles en el interior, que fueron completándose poco a poco.

Desde 1922, vale decir, desde los comienzos mismos de nuestra presencia en Calzada, se pensó destinar una parte del predio a un cementerio propio de la SVD, al estilo de los que existían en nuestras principales casas de Europa. Pese a que la legislación argentina no prohíbe los enterratorios privados, fue tarea ardua y engorrosa obtener la autorización correspondiente, quizá porque de hecho no existían antecedentes de tales cementerios, o si los había, eran desconocidos para las autoridades intervinientes. Por fin, el 12 de enero de 1933, el gobierno municipal autorizó destinar un espacio para cementerio, terreno adentro, de manera que su vista no molestara a los vecinos. Ateniéndose a estas condiciones, fue emplazado en el sector SE de la antigua finca Santa Rosa, cerca de los talleres o *Casa Vieja*, con frente y entrada hacia el SO. Acondicionado el terreno en forma de parque, el 28 de junio fue solemnemente bendecido y ese mismo día fueron trasladados e inhumados en él los restos de los verbitas que descansaban en el cementerio municipal del partido de Almirante Brown. Más tarde se hizo lo mismo con los cohermanos que habían sido sepultados en Buenos Aires.

La primera casa de formación de misioneros del Verbo Divino en América, abierta junto a la actual basílica del Espíritu Santo, era para niños y adolescentes de los últimos grados de la primaria y del ciclo secundario o de humanidades, como se estilaba decir entonces. Los más adelantados ingresaron al noviciado en 1915; pero, para los estudios de filosofía y teología se los enviaba a Europa. Sin embargo, la numerosa afluencia de aspirantes dio a entender a los superiores que, en pocos años más, sería necesario contar con un centro de estudios superiores en el propio país. Por eso, cuando el jovenado se trasladó a Calzada y se pudo disponer de espacio suficiente, se encaró la posibilidad de proseguir allí mismo los estudios superiores. Ya en 1924, concluida la mayor parte de la casa San Javier, se trasladó a ésta el noviciado, como ya lo hemos consignado. En noviembre de dicho año, se dispuso que los egresados del noviciado continuaran sus estudios en la misma casa. De esa manera, lo que hasta entonces había sido simplemente un *jovenado*, pasó a ser una casa de formación de misioneros en el más amplio sentido de la palabra, pues en ella los aspirantes ingresaban de niños para completar su instrucción primaria y allí mismo cursaban todos sus estudios hasta culminar en la ordenación sacerdotal o en la imposición de la cruz misional. Fue así como la población del colegio apostólico creció y se fue completando hasta alcanzar en sus momentos culminantes unas 350 personas.

Esta numerosa comunidad se agrupaba en secciones.: los alumnos, los candidatos a Hermanos, los novicios, los filósofos, los teólogos, los Hermanos, los sacerdotes. Cada sección tenía asignado su espacio y llevaba su propio ritmo de vida, coincidiendo sólo en los horarios de las comidas –aunque en comedores separados- y de las principales celebraciones litúrgicas. Normalmente se encontraban todos en actos culturales como funciones de cine (bastante escasas), representaciones teatrales o actos académicos de diversa naturaleza que se realizaban en la casa y, de vez en cuando, disfrutaban juntos un día de esparcimiento comunitario en la quinta San José. Las actividades ordinarias se desarrollaban en el ámbito restringido de cada sección, dado que eran de naturaleza bastante diversa para cada una de ellas. Los Hermanos cumplían su tarea en los distintos talleres, oficinas y dependencias que cubrían las principales necesidades materiales de la comunidad. Los novicios se concentraban en su formación espiritual, en tanto los estudiantes mayores y menores se esmeraban por asimilar lo que sus profesores trataban de enseñarles. Cada sección ajustaba su quehacer a un detallado horario que dejaba muy poco margen a las iniciativas personales desde que se iniciaba la jornada hasta la hora del descanso. Paralelamente, un bien elaborado calendario agrupaba las festividades religiosas, profanas y de la Congregación, en fiestas de primera, segunda y tercera clase. Esta categorización dejaba claramente establecido en qué días era permitido conversar en las comidas, tomar mate, alargar la recreación y otra serie de detalles referidos al orden comunitario.

Actividades

Al hablar de las actividades de esta copiosa comunidad, cae de maduro que las sustanciales eran la de orden religioso. Por eso mismo, no nos detendremos mucho en ellas. Sólo diremos que también éstas, como la mayoría de las demás, se realizaban en el ámbito de la propia sección. Solamente las grandes celebraciones litúrgicas, como las misas cantadas de los domingos y fiestas y el canto de las vísperas en los mismos días, reunían a toda la comunidad en la iglesia. Y, por supuesto, también las impresionantes ceremonias de las tomas de hábito, profesión religiosa, ordenaciones y primeras misas, la imposición de la cruz misional y las despedidas de los misioneros.

Desde 1933, las celebraciones ganaron notablemente en brillo y solemnidad, gracias a la inauguración del templo, cuya amplitud de presbiterio permitía un cómodo desplazamiento de los ministros del altar. Su arquitectura estaba adaptada, precisamente a ceremonias como las ordenaciones, profesiones, tomas de hábito y otras, que requerían la presencia de gran número de personas en el presbiterio. Esta particularidad sirvió también para un espléndido despliegue en las celebraciones litúrgicas de las magnas festividades como Pascua, Pentecostés, Navidad. Las solemnes misas cantadas con participación del coro polifónico, y el canto de las solemnísimas vísperas, en las que el celebrante era flanqueado por seis asistentes revestidos con capa pluvial y secundado por turiferarios y acólitos, constituían, en esas fiestas, los momentos fuertes para todos los verbitas del San Javier que se reunían en comunidad de fe en la presencia del Señor.

Fuera de la señalada como medular, la actividad normal de la mayor parte de los moradores del colegio apostólico era la cultural. Predominaban en su seno los estudiantes, ya fueran chicos o grandes: alumnos, candidatos a Hermanos, filósofos y teólogos, y todos ellos dedicados a la adquisición de los conocimientos que les eran exigidos de acuerdo a su condición. Con ellos convivía un considerable grupo de profesores abocados a la enseñanza. De modo que la instrucción y el estudio eran las ocupaciones permanentes de la mayoría.

Al margen de las clases y del estudio sistemático, se daban una serie de actividades culturales cuya memoria es menester rescatar. Entre ellas citaremos, en primer lugar, los actos académicos que se organizaban con motivo del onomástico del Rector o del Prefecto, de la celebración de fiestas nacionales, de las despedidas de misioneros y de otros acontecimientos similares. Los programas de estos actos incluían discursos, poesías, conferencias, canto y música con la participación del coro, orquesta y banda. Tanto uno como otras de estos últimos, estaban integrados por los estudiantes y Hermanos. Orquesta y coro solían amenizar los actos académicos, en tanto la banda solemnizaba las procesiones y animaba las fiestas patrias.

Cualquier festejo era buena ocasión para una representación teatral. Las crónicas nos informan de la frecuencia de tales representaciones. Dramas, comedias y sainetes eran llevados a las tablas. Se representaban obras tanto en alemán como en castellano. En una oportunidad, los alumnos del VI año de humanidades presentaron todo un acto con discurso, poesía, canto y dos sainetes, en francés. También se pusieron en escena obras de autoría casera como el melodrama titulado *La Capilla del Bosque*, compuesta en 1927 por el entonces estudiante de teología Enrique Mühn –más tarde obispo de Jujuy- y cuya representación fue recordada durante años. La actuación sobre el escenario fue, sin duda, una importante escuela de presentación en público para estos futuros predicadores del mensaje evangélico, a quienes no se les brindaban, por entonces, muchas otras oportunidades de hacerlo.

Entre los actos de mayor trascendencia en la vida del colegio apostólico, cabe anotar el envío de misioneros. Habida cuenta que la finalidad de la institución era la formación de misioneros, la entrega de la cruz misional y al despedida del misionero representaban la concreción del ideal por el que todos se desvivían y trabajaban sin descanso y que, en definitiva, constituía la razón de ser de esta comunidad. Por eso se trataba de realzar estos acontecimientos

ante los ojos de propios y extraños. La sola nómina de personalidades presentes en algunos de estos actos, nos da la pauta de su brillo y de la trascendencia que le asignaban sus organizadores. En marzo de 1928, por ejemplo, con motivo de la despedida del misionero P. Juan Salzmán, quien había sido destinado a las Islas Filipinas, por parte de la jerarquía eclesiástica participaron en el acto, el Nuncio Apostólico Mons. Felipe Cortesi y el Arzobispo de Buenos Aires Mons. José María Bottaro. El obispo diocesano, asiduo concurrente a los actos que se realizaban en nuestra casa, esta vez no pudo participar, pero manifestó su adhesión mediante un telegrama. Entre los civiles, se destacó la presencia nada menos que del Embajador de España D. Ramiro de Maeztu y su señora, el Intendente de Adrogué Juan José Mata y el Dr. Rafael Calzada con su esposa.¹⁴

La entrega de la cruz misional fue un acto que se repitió muchas veces a lo largo de los años, aunque no siempre con el mismo brillo y despliegue; pero sí siempre con el mismo entusiasmo de parte de quienes eran enviados y con idéntico espíritu apostólico de parte de la comunidad enviante.

Notables factores de animación misionera en la comunidad fueron dos instituciones culturales de larga presencia en el escolasticado de Calzada: la Academia Santa Teresita y la revista *Stadium*. La primera ostentaba el calificativo de *literario-misional*, por cuanto su finalidad era doble: fomentar entre los estudiantes del colegio apostólico el ideal misionero y brindarles oportunidad de un perfeccionamiento humano en orden a la expresión oral y escrita. Apareció por 1924, a iniciativa del P. Enrique Strake. Estatutos cuidadosamente elaborados encauzaban las actividades de los miembros de la Academia Santa Teresita en prosecución de sus fines. Nutridas carpetas celosamente archivadas, guardan las fatigas e ilusiones de muchas horas de trabajo. Las reuniones eran semanales y corría por cuenta de la academia la organización de los actos literario-musicales que respondían a una motivación misional.

Con fines similares a los de la academia, circulaba en la casa, ad usum nostrorum tantum, una revista manuscrita que redactaban los hermanos del escolasticado, con el nombre de *Stadium*. La idea de una publicación interna debió rondar la mente de los estudiantes por varios años, pues las crónicas aluden –y en el archivo se conservan algunos ejemplares– a varias publicaciones previas al estilo de *Stadium*. El primer número de éste data de 1933. Su edición no era periódica. Fue más frecuente en los comienzos, luego descendió a tres o cuatro números por año. Su volumen varió a la inversa. De un folleto de ocho a diez carillas, creció hasta alcanzar entre 80 y 100, en sus buenos tiempos. La colección de *Stadium* que se conserva constituye una verdadera radiografía del escolasticado. Sin desmerecer los artículos de estudio, ni las composiciones de vuelo poético, resultan de alto valor los comentarios, las crónicas e informaciones del momento, que reflejan el clima que se vivía en el colegio apostólico.

Sin menoscabo de la importancia que revestía la finalidad misionera de la Academia Santa Teresita y de la revista *Stadium*, conviene destacar la incidencia de ambas en el aspecto literario, como órganos promotores del interés por el aprendizaje y el correcto uso del idioma. Para valorar debidamente su aporte en este campo, es menester recordar que la casi totalidad de los alumnos eran descendientes de inmigrantes en cuyos hogares el idioma corriente no era el español. Con éste, generalmente, habían tomado contacto tan sólo al concurrir a la escuela y lo utilizaban poco fuera de las aulas, de manera que llegaban a nuestro jovenado con un bagaje idiomático muy rudimentario en lo concerniente a la lengua del país. De ahí la importancia de

¹⁴ La presencia del Embajador de España se debió indudablemente a las gestiones del Dr. Calzada, hombre de amplia vinculación con las personalidades hispanas que se encontraban en nuestro país. Don Ramiro de Maeztu era una figura relevante, no sólo por el cargo que ocupaba, sino también por su obra literaria. Cultivó el periodismo en su patria y en el extranjero. Fue un columnista que con agilidad y pericia trató importantes y elevados temas. Muchos de sus artículos aparecieron en el diario *La Prensa*. Fue asesinado en Aravaca, en los primeros meses de la guerra civil española. En su homenaje se ha instituido, en la Universidad de Madrid, desde 1947, la cátedra *Ramiro de Maeztu* de estudios hispanoamericanos.

ambas instituciones que comentamos y que, digamos de paso, terminaron gloriosamente su existencia en la década del sesenta.

Entre las ventajas que reportó a la escuela apostólica su traslado de la Capital Federal a Calzada, seguramente no fue la menor la amplitud de espacio y el aire libre del que, en adelante, pudieron disfrutar sus moradores. Ello incrementó la práctica de los deportes y el esparcimiento en general, con positivo beneficio para la salud de todos. En lo que a aquellos se refiere, cabe señalar como una característica, que los mismos solían practicarse en forma bastante original, sin preocuparse demasiado por la estricta observancia de sus respectivos reglamentos.

Una actividad que encontró mayores posibilidades de despliegue en Calzada, fue la del trabajo manual. Era lógico que, en un espacio tan amplio y en un ambiente más bien rural, esas posibilidades se multiplicaran notablemente. El trabajo manual de los alumnos, novicios y escolásticos, además de constituir una efectiva contribución a la economía de la casa, siempre fue considerado también como un elemento formativo del futuro misionero. Todos debían contribuir a los trabajos de limpieza de su propia sección. Se colaboraba en el mantenimiento de los parques y de los caminos internos; se trabajaba en la huerta y en los talleres. La granja San José con sus múltiples tareas ofreció magníficas oportunidades laborales, sobre todo en el verano cuando había que reemplazar a los empleados que disfrutaban de sus vacaciones anuales. En tales oportunidades, cuatro o cinco filósofos o teólogos se instalaban durante dos o tres semanas en la granja y se hacían cargo de todas las tareas que exigía la atención de la misma. En una época en que las vacaciones de nuestros escolásticos se reducían casi a la mera suspensión de clases, la posibilidad de escapar a la rigidez de un horario implacable aún en vacaciones, constituía poco menos que un codiciado privilegio, de manera que siempre había voluntarios bien dispuestos a cambiar, durante unas semanas, el seminario por la granja. En 1942, con el traslado a Calzada de los talleres gráficos Guadalupe, se abrió una nueva fuente eventual de trabajo para nuestros estudiantes.

Las excursiones o *paseos* fueron habituales en nuestra casa de formación. En Calzada, por su ubicación, más que una necesidad de buscar aire libre, representaba una oportunidad de romper con la rutina diaria del horario. Las salidas comunes solían tener como meta la granja San José donde, a la sombra de los eucaliptos, paraísos y sauces, se tomaba mate, se jugaba y se almorzaba. Naturalmente, estos paseos se realizaban por secciones. Sólo en unas pocas ocasiones a lo largo del año, se organizaba un *paseo general* de toda la comunidad. Aparte de las mencionadas, solían practicarse excursiones o visitas a distintos lugares de la zona. Entre los más nombrados por las crónicas se encuentran las cervecerías de Quilmes y la de Bieckert en Lavallol -desde donde pasaban después a disputar algún partido de fútbol con los capuchinos del Euskal-Echea-, los parques de Pereyra Iraola, por entonces aún en manos de sus legítimos dueños; los museos de La Plata y algunos puntos de la Capital.

Modificaciones edilicias y de población

A lo largo de su existencia, como toda institución, el colegio apostólico San Francisco Javier sufrió diversas mutaciones tanto edilicias como en su población y en el ritmo de vida de esta última. Las primeras fueron las de menor significación. Hubo al respecto numerosos proyectos pero pocas concreciones, probablemente, por falta de recursos. Después de lo referido hasta el momento, la primera reforma importante en orden a la construcción, fue la que se practicó en 1941 en el edificio de Santa Rosa, donde había funcionado el noviciado, y que se adaptó para instalar en él la imprenta Guadalupe.

El traslado de los talleres gráficos significó también la transferencia a la casa San Javier, de los Hermanos que trabajaban en dichos talleres y que sumaban un total de doce. Para su conveniente alojamiento se dispuso la división en cuartos de un amplio dormitorio que había

sido de los alumnos, ubicado en el segundo piso del ala noreste. Allí quedaron instaladas doce habitaciones de reducidas dimensiones, dispuestas en torno a un amplio espacio libre que se ilumina a través de dos claraboyas emplazadas en el techo.

En los casi veinte años siguientes, no se introdujeron mayores modificaciones en el predio del colegio apostólico. Esta inmutabilidad no se debió a la ausencia de proyectos de reformas, sino a su falta de concreción. Los archivos del Provincialato y de la casa abundan en planes referidos a cambios en este centro de formación, sobre todo a partir de la Visita General de 1952. De ellos muy pocos se concretaron, por motivos que no siempre aparecen con claridad, aunque se puede entrever que el principal fue la falta de medios. Las obras que se mencionan con insistencia son: la construcción de un nuevo edificio para la imprenta, de una casa para candidatos a Hermanos, de una enfermería y hogar de ancianos, de una carpintería, y de una residencia para Hermanas que se harían cargo de la cocina; la apertura de una librería y santería; la colocación de vitrales en las ventanas laterales de la iglesia, y la instalación de agua corriente en las habitaciones de los sacerdotes profesores del escolasticado. Las únicas que se concretaron fueron: la colocación de los vitrales, en 1951, la construcción de una carpintería y al instalación del agua corriente; estas dos últimas, a lo largo del año 1954.

Entre tanto, en la sesión del Consejo Provincial correspondiente al 19 de mayo de ese mismo año, se cambiaron opiniones sobre lo que más urgía construir: si la casa de los candidatos, la imprenta o la enfermería.¹⁵ Los candidatos a Hermanos afortunadamente venían incrementándose desde hacía unos años, y su ubicación dentro de la casa resultaba por demás incómoda, tanto para ellos que se encontraban casi arrinconados, como para los demás integrantes de la comunidad. La gráfica tampoco se hallaba cómodamente instalada en un edificio que no había sido diseñado para albergarla. Además, el hecho de hallarse a los fondos de la propiedad, generaba una circulación constante de gente extraña a la comunidad junto a la casa y por los caminos internos de nuestro predio, que resultaba molesta. Con el correr de los años, también aumentaba el número de los ancianos, de manera que la reducida enfermería de ocho habitaciones resultaba insuficiente.

En octubre de 1954, el Superior General hizo saber al Provincialato que había decidido encarar la construcción del edificio de la imprenta y que, una vez trasladados los talleres gráficos al nuevo local, el anterior podría ser ocupado por los candidatos a Hermanos, previas las necesarias modificaciones. Pero, la obra fue pospuesta por una circunstancia imprevista: a fines de ese año, el gobierno presidido por el Gral. Perón se embarcó en una abierta campaña contra la Iglesia. La inseguridad engendrada por ese ataque paralizó, momentáneamente, toda iniciativa de crecimiento en las instituciones eclesásticas, que se replegaron a posiciones defensivas. Sólo un año después, pasado el vendaval de la persecución, se retornó a la idea de las construcciones. En carta del 17 de octubre de 1955, el P. General Grosse Kappenberg escribía al Provincial Juan Kemerer: “Dado que el país parece haber vuelto a la normalidad, será oportuno reflatar el proyecto del nuevo edificio para la imprenta.”¹⁶ Desde aquí se le respondió, sin embargo, que parecía prematuro pensar en esa construcción, pues la situación económica y las perspectivas laborales del país carecían aún de la estabilidad y proyección necesarias para obtener un crédito con destino a esa obra.

A partir de enero de 1956, se volvió a mencionar también la casa de ancianos, que se pensaba poder costear con recursos propios y con la ayuda de algunos préstamos privados.

En agosto de ese año, entró a jugar un nuevo e inesperado elemento que alteró una vez más los proyectos elaborados. Fue un casco de estancia donado a la Congregación por la pudiente familia de los Anchorena. Como la donación se había hecho a condición de que allí se instalara

¹⁵ ARCH. PROV. SVD- ARG. SUR. Rafael Calzada. *Süd-Provinz Protokollbuch der Sitzungen des Provinzialrates*. Libro III. 02-03-1945 al 29-09-1959. Fl. 110.

¹⁶ ARCH. PROV. SVD – ARG. SUR. Rafael Calzada. *General 1955-1957*.

una comunidad religiosa, inmediatamente se estimó que ella podría tornar innecesarias –como en efecto sucedió- algunas de las obras previstas para Calzada.

A partir de los primeros años de la década del 60, con la creación del Profesorado de Filosofía y Pedagogía (1962) y el ciclo secundario del Instituto José Manuel Estrada (1963), que comenzaron a funcionar en un sector del edificio del colegio apostólico, se fueron derribando paredes o levantando nuevas en dicho sector, de acuerdo a las aulas que se necesitaban para el número siempre creciente de divisiones de estos institutos de enseñanza. Así fueron desapareciendo dormitorios, comedores y habitaciones para dar paso a salas de clase y oficinas para la administración escolar.

A raíz de esta ocupación del sector SO para las actividades propias de los institutos, la comunidad verbita se fue recluyendo en los sectores este y norte del edificio, para lo que fueron necesarias algunas reformas que permitieran brindar una mayor comodidad a los filósofos para su estudio y su descanso.

En 1965, en la zona de la *Casa Vieja*, detrás de la carpintería, se levantó una nueva casa para los empleados, pues la que existía ya se había deteriorado de tal manera con el paso del tiempo que yo no respondía exactamente al concepto de una vivienda digna.

Considerables innovaciones se llevaron a cabo también por aquellos años en los talleres gráficos de la Editorial Guadalupe. En julio de 1957, llegó a Calzada, procedente de Alemania, el P. Luis Schneider, destinado específicamente a asumir la dirección de la gráfica. Hombre joven y de empuje, venía con ambiciosos planes de renovación. Amplió el local de los talleres para albergar nuevas máquinas que se adquirieron y construyó salones con destino a usos sociales de los empleados de la gráfica. A esto debe añadirse un edificio para instalar la usina eléctrica que fue necesario adquirir, debido al deficiente suministro de energía eléctrica que prestaba SEGBA (Servicio Eléctrico del Gran Buenos Aires).

Hasta el cementerio fue objeto de una reforma que le cambió la cara. Una pesada cruz negra de hierro, de un metro veinte presidía cada tumba. En ella se hallaba inscrito el nombre del difunto, sus fechas de nacimiento y defunción, la de su profesión religiosa, la de su ordenación en el caso de los sacerdotes, y su edad. Al terminarse la reserva de las cruces existentes, se consideró la posibilidad de reemplazarlas por otras más pequeñas, por razones estéticas y económicas. Ciertamente resultaba muy costoso fundir un limitado número de cruces como las que se habían utilizado hasta entonces. Además, era innegable que su forma y color contribuían a acentuar el clima tétrico del lugar. Se decidió, por eso, reemplazarlas por cruces blancas de cemento, de unos sesenta centímetros de alto. A su pie se colocó una placa de mármol también blanco, de unos 25x 20 cms., que exhibe el nombre del difunto, la fecha de su fallecimiento y su edad. Fueron sustituidas, asimismo, las estaciones del vía crucis, que eran los clásicos cuadros de Fugel, por otras de cerámica con figuras blancas sobre fondo rojizo; simples, pero muy expresivas.

Más significativas fueron las alteraciones que sufrió el colegio San Javier en su población. Ya hemos señalado cómo, a menos de diez años de su inauguración. La casa ya resultaba estrecha para albergar cómodamente a todos sus moradores y se buscó una ubicación especial para los novicios, dentro del mismo predio, en edificio aparte, reciclando para ello la antigua casa de la finca Santa Rosa, adquirida a la Sra. de Cash. Pero, como las diversas secciones seguían creciendo, sobre todo la de los alumnos, era urgente buscar nuevas alternativas. Además, los superiores juzgaban inconveniente que convivieran en una misma casa, aun cuando se observaran estrictas normas de separación, los alumnos de humanidades y los estudiantes del escolasticado. Fue así como se arribó a la decisión de derivar a los alumnos, entre 1941 y 42, al colegio San José de Esperanza. Fue la primera amputación que sufrió el colegio San Javier y con ella quedó definitivamente excluido el jovenado de la casa de Calzada, que quedó reservada para el noviciado y el escolasticado. El segundo cercenamiento se dio casi veinte años después

cuando se trasladó precisamente el noviciado a Santa Isabel, la propiedad donada por los Anchorena en las cercanías de Alta Gracia, provincia de Córdoba. A partir del 1 de marzo de 1958, quedó instalado en ese lugar el noviciado después de haber estado 34 años en Calzada.

Con la crisis posconciliar, se fue desgranando paulatinamente la comunidad javeriana. La figura del sacerdote no aparecía con la necesaria claridad ante los seminaristas y los hechos contribuían a desdibujarla aún más por el número cada vez mayor de clérigos que solicitaban su reducción al estado laical, entre ellos, incluso, algunos profesores del mismo escolasticado. Estas circunstancias tornaron particularmente confusa la situación de los aspirantes al sacerdocio y explican su desorientación, su afanosa búsqueda de luz y también sus defecciones. A partir de los últimos años de la década del 60, el número de escolásticos comenzó a descender en forma alarmante. En marzo de 1969, nueve *fratres* no renovaron su profesión religiosa. En 1973, quedaban sólo tres teólogos y, al año siguiente, el Catálogo SVD registra un solo estudiante en todo el escolasticado. Si tanpoco alentador era el panorama en la sección de los clérigos, no lo era más en la de Hermanos. La imagen del Hermano Misionero adolecía de tanta, o mayor, imprecisión que la del sacerdote; de modo que los abandonos en este sector también fueron considerables y, sobre todo, quedó un vacío importante de varios años sin ingreso de nuevos candidatos.

El exiguo número de estudiantes ya no justificaba que se mantuviera un elenco completo de profesores de teología, ni que se continuara dictando clases en nuestro colegio apostólico. De tal modo, con el período lectivo de 1971, terminó el teologado en Calzada. Los escasísimos *fratres* que restaban, continuaron sus estudios en diversos centros y sólo residían en nuestra casa San Javier. Cuando repuntó un poco su número, se impulsó la idea de alquilar o comprar una casa que sirviera de residencia a nuestros estudiantes superiores. Esto se puso en práctica en 1977 con la adquisición de una casa en El Palomar, provincia de Buenos Aires. En consecuencia, ese año, a los 56 de su fundación, el colegio apostólico San Francisco Javier dejó de ser casa de formación, que era casi tanto como decir que dejaba de existir, pues para esa finalidad había sido concebido y construido, y por ella se había convertido en la casa central de la SVD en Argentina.

Nuevo ritmo de vida

Con ser interesantes las modificaciones edilicias producidas en el complejo de Calzada, y más importantes las que afectaron a su población, las de mayor trascendencia fueron indudablemente las referidas a su ritmo y estilo de vida. El estilo tradicional que había imperado en esta casa de formación a lo largo de casi cuarenta años, comenzó a modificarse tímidamente a fines de la década de los cincuenta. La transformación, si bien afectó a toda la comunidad, debemos admitir que alcanzó mayor intensidad en la sección del escolasticado. Podemos situar vagamente su inicio en el momento en que se abre una brecha en el casi completo aislamiento de los estudiantes, hacia una participación en los trabajos pastorales que los contactaron con la feligresía de la parroquia, a la vez que les ofrecieron un marco concreto para la aplicación de sus conocimientos académicos. Esta experiencia se extendió pronto a la aceptación de trabajos en el colegio José M. Estrada y se amplió con la incorporación de otras actividades no estrictamente pastorales.

La apertura del Profesorado en Filosofía y Pedagogía, en 1962, profundizó la transformación. El acceso a este instituto quedó franqueado a estudiantes de otras congregaciones religiosas, lo que constituyó una novedad y significó una apertura de relaciones para nuestro estudiantado. Al margen de esta integración de religiosos, otras importantes modificaciones introdujo el profesorado en los esquemas tradicionales del escolasticado al adoptarse los planes de estudio elaborados por el Ministerio de Educación, y al ser convocados

profesores laicos para ocupar cátedras en nuestro centro de estudios superiores; dos novedades de bulto, indicativas de un cambio de mentalidad y de orientación.

Y no serían éstas las últimas mutaciones. En puertas había otras mayores aún, para asombro de muchos. Ello se dio en 1967 y 68, cuando se crearon los Profesorados en Ciencias de la Religión, en Historia y en Letras, que quedaron abiertos a alumnos laicos de ambos sexos. Por los antiguos pasillos cargados de silencio y de negros hábitos religiosos, transitaban ahora, en singular camaradería, circunspectos profesores verbitas, docentes laicos, jóvenes religiosos sin hábitos –también algunas religiosas-, bullangueros estudiantes y muchachas de colorida vestimenta.

Esta innovación exigió un cambio radical en el horario de clases que fueron trasladadas a las últimas horas de la tarde, entre las 17 y las 22 hs., lo que pocos años antes parecía impensable. Esta reforma permitió a los estudiantes disponer de más tiempo para otras actividades. El informativo provincial *Inter Nos* comunicaba de esta manera a los hermanos de la Provincia –muchas veces bastante ajenos a lo que sucedía en Calzada- las novedades ocurridas en el escolasticado: “A dos meses de la iniciación del curso lectivo del Escolasticado de Calzada que se lleva actualmente con una modalidad totalmente renovada, creemos oportuno informar a todos los cohermanos acerca de su funcionamiento, siendo prematuro emitir un juicio en pro o en contra. Las clases funcionan desde las 18 hasta las 22 hs. de lunes a viernes y el sábado por la mañana. Surge espontáneamente la pregunta: ¿Y qué hacen los Fratres el resto del tiempo? Estudian y trabajan. Efectivamente, también trabajan y seriamente. Unos dan clases, otros hacen trabajos manuales, etcétera. En el Colegio Estrada (900 alumnos) p. ej. Actúan once de ellos dando casi todas las clases de religión, además de educación democrática, etc., y tienen a su cargo la secretaría y la prefectura. Dictan algunas clases también en el mismo Profesorado y en colegios secundarios de la proximidad. Atienden la Biblioteca de la Facultad y Profesorado que el año pasado tenía un bibliotecario civil rentado.¹⁷ Hay quienes atienden la portería en las horas que no está el portero, inclusive los domingos y fiestas; otros trabajan en la carpintería (cuatro horas diarias a la par de cualquier obrero), encuadernación doméstica, parque, etcétera. Todo bien repartido y reglamentado, quedando tiempo suficiente para el estudio, piedad y recreación. Poco a poco nos vamos acostumbrando a esta nueva modalidad, siendo la impresión general de que se dispone de más tiempo que antes. Los Fratres cenan a las 22 hs. sin mayores trastornos para la cocina (como se temía). Por supuesto que ya no madrugan tanto como antes, pero se conserva la Misa de comunidad a las 6,30 horas.¹⁸

La nueva comunidad

El Concilio Vaticano II marcó otro hito en la vida de la comunidad calzadense del San Javier. Las anteriores innovaciones habían afectado más que nada la vida de los estudiantes de filosofía y teología. Las posconciliares afectarán específicamente a la comunidad, como comunidad religiosa. Hasta ese momento, además, los cambios habían respondido a motivaciones locales o a lineamientos estatuidos por la Congregación; de ahora en más, inscribiríanse en el marco de una profunda reforma de la Iglesia universal.

¹⁷ Se refiere a la Facultad de Teología creada en nuestro escolasticado de Calzada. En efecto, a partir de 1967, se logró que nuestro teologado del colegio apostólico San Javier fueras reconocido como Facultad de Teología dependiente de la Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires. Esta facultad también quedó abierta a todo público; pero, las condiciones de ingreso exigían haber cursado previamente filosofía, lo que de hecho impedía el acceso a la mayoría de los laicos. Nuestros estudiantes clérigos, por su parte, no mostraron gran interés en obtener una licenciatura en teología, de modo que la mencionada facultad tuvo una vida muy breve.

¹⁸ ARCH. DEL PROV.-ARG. SUR. R. Calzada. *Inter Nos*. N° 121. Mayo 1968.

Las disposiciones conciliares implicaban un serio desafío de renovación de la vida cristiana en todos sus órdenes. La vida religiosa, la actividad misionera y la formación sacerdotal, tres aspectos esenciales en la existencia y en el quehacer de la comunidad del colegio San Javier, merecieron del Concilio sendos decretos que fijaron las pautas de renovación en dichas áreas.¹⁹ Nadie puede sorprenderse, entonces, que la crisis posconciliar se viviera también con intensidad en nuestra casa. Los puntos de fricción entre renovadores y conservadores –conforme se aceptaran o no las disposiciones conciliares- conformaron una larga lista que abarcaban desde las disposiciones del horario hasta las celebraciones litúrgicas, el uso del hábito y la veneración de las imágenes.

Si bien es cierto que el Concilio fue causa de alteraciones en el seno de las comunidades religiosas, no lo es menos que aportó todos los elementos necesarios para su adecuada renovación. El valor de la persona, el respeto a su libertad, la importancia del diálogo y la comunión entre todos los hermanos, reiteradamente proclamados por el Concilio, favorecieron una mayor participación y responsabilidad de todos los miembros de la comunidad en las decisiones que afectaban a la misma. Su marcha dejó de ser incumbencia exclusiva del Rector y su Consejo para convertirse en preocupación de todos los integrantes de la comunidad. Nació así la Asamblea Local, en la que participaban todos los moradores de la casa y se trataban temas de interés común. En su formación no faltó el disenso, según lo revelan las Actas del Consejo Local, donde pueden leerse afirmaciones como ésta que apunta, evidentemente, a cierto tipo de discriminación: “Los Hermanos no desean que las Asambleas Locales sean tan generales.”²⁰

La democratización de la vida religiosa no solamente afectó la estructura de su gobierno, sino que también incidió en la convivencia de los cohermanos. Se produjo una mayor nivelación y vinculación entre los mismos. Paulatinamente fueron cayendo las barreras que separaban las distintas secciones. En 1970 se habla, por ejemplo, de “la necesidad de un comedor común”, aunque todavía no se lo impone “para no presionar sobre ningún sector”.²¹ Entre tanto, se prepara el ambiente para lograr ese objetivo, mediante pasos intermedios: se invita a todos a participar en las mateadas de los filósofos y teólogos a las 10,00 hs. –el mate diario, otra notable conquista obtenida en razón de una convivencia más familiar-, se propone para los domingos tomar en conjunto un aperitivo antes del almuerzo y cenar todos juntos en la *Casa Vieja*.²² Pasados apenas dos años, se llegó efectivamente al comedor común y a la sección única.

El proceso de nivelación fue más notorio en relación con los Hermanos. En esto incidió, evidentemente, el fuerte acento que puso el Concilio en la promoción de los laicos. Esta insistencia conciliar pareció despertar la conciencia de la Congregación respecto a un punto claramente expresado en las Constituciones; pero, un tanto olvidado u obviado hasta entonces: la igualdad de clérigos y Hermanos como religiosos misioneros que “se hallan unidos en una misma Congregación y tienden al mismo fin”, que “viven bajo la misma Regla” y que “forman un solo cuerpo de la Congregación”.²³ Repentinamente se cayó en la cuenta que la práctica no correspondía a esa igualdad teórica proclamada en las Constituciones y que los clérigos gozaban de ciertos privilegios a los que difícilmente podían acceder los Hermanos. Se inició, entonces, un camino de superación de las diferencias mediante la equiparación de todos los cohermanos frente a los derechos y obligaciones emanados de su pertenencia a la SVD. Los Hermanos fueron considerados en pie de igualdad con los clérigos en cuanto al goce de vacaciones; al uso de los medios de comunicación: prensa, radio y televisión; a la participación en eventos culturales: teatros, cines, conciertos; a la formación permanente, y aun a su participación en el gobierno de la Congregación. En este último aspecto fue más dificultoso alcanzar una paridad, dado que la Congregación de Religiosos no admite que un Hermano asuma funciones de gobierno en una congregación clerical como es considerada la nuestra.²⁴ Pese a ello, se comenzó a incluir a los

¹⁹ Los Decretos *Perfectae Caritatis*, *Ad Gentes* y *Optatam Totius*, respectivamente.

²⁰ ARCH. DEL COL. APOST. S. FCO. JAVIER. – R. Calzada. *Libro de Actas del Consejo Local. 1959-1974*. Fl. 117.

Hermanos en los Consejos, tanto locales como provinciales y aun en el general.²⁵ En la casa San Javier, fue incorporado por primera vez un Hermano en el Consejo Local, en 1969.

A la vanguardia de los cambios marchaba la sección del escolasticado. Era normal: se trataba de jóvenes estudiantes llenos de inquietudes, en búsqueda de nuevos caminos de realización personal y vocacional. Una formación menos acartonada y más personalizada les abría nuevos horizontes y posibilidades. Las experiencias no siempre fueron positivas ni exitosas, lo cual también resulta perfectamente normal, habida cuenta de los riesgos que entraña toda novedad. Difícil labor la de los formadores en aquellos años de tanteos e innovaciones. Se requería capacidad para no confundir lo esencial con lo accesorio; inventiva para volcar contenidos viejos en formas nuevas, y mucha prudencia para discernir entre los auténticos signos de renovación y las simples manifestaciones de snobismo innovador. Hacía falta, además, gran firmeza para no ceder a las presiones ni de los conservadores a ultranza, ni de los renovadores exaltados.

Después de la casa de formación

Con el traslado de los teólogos a El Palomar, según ya dijimos, el colegio apostólico San Javier dejó de ser casa de formación. La cuestión que inmediatamente se planteó fue cuál sería su futuro. Por de pronto, todo el sector SO del edificio ya se hallaba ocupado por el centro educativo que, con sus secciones de primaria, secundaria y profesorado, utilizaban aquel sector desde las 7,30 de la mañana hasta las 22,30 hs. El resto del edificio quedaba a disposición de la comunidad reducida a menos de treinta integrantes. Mucho espacio, aunque, en ocasiones, poco funcional y muy propicio a la proliferación de depósitos destinados a trastos viejos y objetos en desuso, con el consiguiente riesgo de convertirse en criaderos de pulgas, cucarachas y cuanta alimaña suele anidar en tales sitios. Quedaba reservada al Rector –a la sazón, el P. Osvaldo Gloverdans- una importante tarea de redistribución de espacios para una mayor funcionalidad del edificio en la nueva situación creada.

Ante todo, parecía llegado por fin el momento para proveer de una mayor comodidad a los ancianos y enfermos, sin acudir al expediente de emprender nuevas construcciones. En efecto, se encararon varias mejoras en el sector de la antigua enfermería. Entre estas innovaciones, se cuenta la instalación de un ascensor en el ala central, a pocos metros del acceso a la enfermería, con el fin de facilitar el desplazamiento de los ancianos.

En marzo de ese mismo año. Se hicieron cargo de la atención de los enfermos las Hermanas Siervas del Espíritu Santo. Si bien al comienzo se hizo presente una sola religiosa, el proyecto preveía la venida de por lo menos tres Hermanas. Con tal motivo, se reestructuró totalmente un espacioso dormitorio –por entonces convertido en uno de los tantos depósitos antes aludidos- situado en el segundo piso, exactamente sobre la enfermería, con el propósito de que sirviera de alojamiento para las Hermanas. A lo largo de un pasillo interno, se alinearon cinco cómodos cuartos con baño privado, más una pequeña salita de estar y dos ambientes más amplios, previstos uno para servir de oratorio y otro, para sala de costura. Esta obra, teóricamente bien concebida, en la práctica no sirvió para el fin al que se la había destinado. Al poco tiempo se cayó en la cuenta que la religiosa a cargo de la guardia nocturna debía,

²¹ Idem. Fl. 113.

²² Idem. Fl. 119.

²³ Constituciones de 1905: N° 10 y 11.

²⁴ De acuerdo a estas normas, las Constituciones de 1905 determinaban en la N° 13: “Todas las funciones de gobierno y dirección corresponden exclusivamente a los sacerdotes. Ellos únicamente gozan de voz activa y pasiva al tenor d las Constituciones.”

²⁵ En el Capítulo General de 1972, se eligió por primera vez a un Hermano para integrar el Consejo General.

necesariamente, tener una habitación en el primer piso, en la misma enfermería; de otro modo, difícilmente podría atender los llamados de los pacientes. Y como el número de Hermanas destinadas a cumplir tareas en nuestro hogar de ancianos, de hecho, nunca pasó de dos, mientras una vivía en el primer piso, la otra quedaba aislada en su habitación del segundo, en un sector solitario, totalmente deshabitado, lo cual no dejaba de inquietarla. Esto dio motivo, en 1984, a una nueva ampliación de la enfermería, siempre hacia el este, incorporando un viejo salón de clases que, debidamente acondicionado, permitió ubicar allí dos pequeños cuartos con baño privado para las Hermanas. El sector anteriormente previsto para las religiosas, fue ocupado paulatinamente por algunos cohermanos de la comunidad.

Como el número de gente mayor tendía a incrementarse, se procedió, en 1986, a remodelar las habitaciones del primer piso del ala NE con la instalación de baños privados, agua caliente y calefacción. Por su ubicación podían considerarse como una prolongación de la enfermería y quedarían a disposición de los cohermanos de más edad que no necesitaban de una atención permanente, pero sí requerían ciertas comodidades especiales, acordes a sus años. A esto se añadió el cerramiento de la galería del primer piso, frente a la enfermería, con mamparas de vidrio, a fin de brindar a los ancianos un ambiente donde poder deambular al abrigo del viento y del frío.

Un amplio espacio que se desocupó por completo con el traslado de los escolásticos, fue el correspondiente a las antiguas habitaciones de los teólogos, sector popularmente conocido como *El Palomar*, ubicado en el segundo piso del ala central. Se trataba de 26 cuartos alineados a ambos lados de un pasillo, y dos cuerpos de sanitarios a la mitad del mismo. No fue necesario violentar la imaginación para dar con la idea de que se trataba de un excelente lugar para la realización de retiros, encuentros, convivencias, cursos y otras actividades similares. Tampoco hacía falta una gran inversión para acomodar el lugar a tal efecto. Con la renovación de los sanitarios y algunos reacomodamientos menores, quedó en condiciones de ser utilizado para los fines previstos. La iniciativa fue completada con la habilitación, en planta baja, de un salón de conferencias y otro para comedor de los ejercitantes. Así se inició, en 1980, el servicio apostólico de los retiros en la casa San Javier, un apostolado siempre caro a nuestro beato Fundador.

En los años noventa, se planteó cada vez con más claridad la urgencia de proveer un lugar adecuado para los cohermanos mayores, cuyo número seguía en constante aumento, como era previsible. Una vez más se puso sobre el tapete la cuestión de si convenía construir un edificio nuevo para tal fin –incluso, se presentó el proyecto de uno en Pilar– o adecuar alguna construcción ya existente. Finalmente, se decidió esto último por razones de economía y para aprovechar las instalaciones del antiguo colegio San Javier.

Con tal propósito, se recicló todo el sector SE del edificio, donde otrora se hallaban ubicadas las habitaciones de los profesores del escolasticado. Las modificaciones más importantes que se introdujeron, fueron la instalación de baños privados en cada una de las habitaciones, la colocación de un ascensor, el equipamiento de una cocina y un lavadero automático. También la adaptación de un espacio para la capilla doméstica exigió algunas reformas más que las previstas. No así el emplazamiento de un comedor para el cual se disponía de un confortable salón (que había oficiado de primera capilla en la construcción de 1920), que con una simple reubicación del mobiliario, sirve de comedor, sala de lectura y salita de televisión. De esta manera, todo el sector NE, quedó disponible para la comunidad de los hermanos mayores, que pasaron a ocuparlo el 1 de enero de 1995, formando así la comunidad de lo que se dio en llamar, a partir de entonces, el *Hogar San Javier*.

Los cohermanos en actividad, en tanto, pasaron a ocupar las dependencias de la antigua enfermería, en el primer piso, sector del frente que da sobre la avenida San Martín, donde residen como una comunidad con vida propia y horarios distintos a los del Hogar. Este grupo de

hermanos está integrado por lo sacerdotes que se dedican a la pastoral de la parroquia de Calzada, y a la del instituto José Manuel Estrada, así como a otras actividades específicas como ser las dimensiones características de la Congregación y también los Hermanos que desarrollan su actividad en la gráfica Guadalupe. Es una comunidad cuyo número de miembros oscila entre los 7 y 9, según el año.

Esta división de la anterior comunidad javeriana en dos y su reubicación dentro del edificio, dejó totalmente disponible toda el ala central para la actividad de los retiros espirituales, encuentros, jornadas, convivencias y afines.

De este modo, en el antiguo edificio del colegio apostólico, encontramos, actualmente las siguientes secciones: 1.- El Hogar San Javier, con una comunidad de hermanos mayores que siempre cuenta entre 18 y 20 integrantes (la mayor de la Provincia ARS). 2.- La comunidad Sma. Trinidad, de quienes trabajan en la parroquia o desarrollan tareas específicas. 3.- El centro educativo José Manuel Estrada con un total aproximado de 1200 alumnos. 4.- El sector de retiros, que dispone del ala central. 5.- Las dimensiones características de la Congregación, para cuya actividad se ha habilitado un espacio a los fondos del ala central., en planta baja.

A estas secciones que se encuentran en la misma casa San Javier, hay que sumar la Gráfica Guadalupe, que sigue desarrollando su actividad en el predio donde se encuentra desde 1942. Junto a ella, a iniciativa del Hno. Martín Baader, actual Director de la Gráfica, funciona una escuela de capacitación profesional para adultos.

Un rápido balance de los 56 años que el colegio apostólico San Javier funcionó como casa de formación, traducido en cifras, nos revela que 268 sacerdotes verbitas egresaron de sus aulas y otros 27 terminaron por ordenarse incardinados en alguna diócesis del país o del extranjero, lo que suma un total de 295 sacerdotes. Los Hermanos Misioneros formados al amparo de sus tutelares muros hasta profesar a perpetuidad en la Congregación del Verbo Divino, fueron algo más de cincuenta.

Un considerable número de estos evangelizadores desarrollaron su servicio misionero fuera del país. Los primeros misioneros argentinos ad gentes fueron destinados a las Islas Filipinas, que constituyeron por largos años el único campo misional donde actuaban los verbitas argentinos, que llegaron a sumar un total de 19 en aquel país asiático. Chile y Paraguay, como Provincias SVD desmembradas de Argentina, fueron países que regularmente recibieron el aporte de sacerdotes y Hermanos egresados de Calzada. En 1945, al establecerse la Congregación en España, lo hizo primordialmente con personal -y aun con medios- remitidos desde la Argentina. Veinte fueron los verbitas egresados del San Javier que trabajaron en España. Después de la segunda guerra mundial -concretamente, a partir de 1948-, se amplió la geografía misional para los sacerdotes y Hermanos formados en Calzada, al ser destinados varios de ellos a la India, al Japón, al Zaire (hoy Congo), a Ghana, a Indonesia y a Papúa Nueva Guinea. En la posterior extensión de la SVD a países latinoamericanos donde aún no se encontraba: México, Colombia, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Nicaragua y Cuba, también estuvieron presentes desde la primera hora los misioneros calzadenses.

A nivel de Iglesia, cabe mencionar que cuatro egresados del colegio San Javier alcanzaron la dignidad episcopal: Mons. Enrique Mühn, quien en 1934 fue preconizado primer obispo de Jujuy; Mons. Jorge Kemerer, designado primer obispo de Posadas en 1957; Mons. Jorge Novak, primer obispo de Quilmes desde 1976, y Mons. Rafael de la Barra, prelado de Illapel, (Chile), en 1990. A su vez, el primer misionero enviado ad gentes, el P. Enrique Ederle, ocupó el cargo de Prefecto Apostólico de Mindoro, en las Islas Filipinas.

A nivel de Congregación, varios ocuparon cargos de gran responsabilidad. Cinco, en total, fueron convocados a Roma para integrar el Consejo General. Uno de ellos, el P. Almiro Werle,

se desempeñó como Vice-Superior General en el período de 1977 a 1982, durante el Generalato del P. Enrique Heekeren.

Valerico J. Imsant SVD
"Los Misioneros del Verbo Divino en Argentina"
Editorial Guadalupe, 2003
Capítulo X